

En «Cristo en la cruz» (*Los conjurados*, 1985), el danés Guthrum se alinea con «la indescifrable Trinidad, los gnósticos / las catedrales, la navaja de Occam, / la púrpura, la mitra, la liturgia...» igual que aparecen «las naves de alto bordo, las azules / espadas que partieron de Noruega» en «Haydée Lange» (*ibid.*), igual que Sigurd forma parte de una enumeración que incluye al Eufrates, Adán, Zeus, Altamira, Virgilio o César («Himno», en *La cifra*, 1981); algo semejante encontramos en «Cosas» (*El oro de los tigres*, 1972), «El pasado» (*ibid.*), «Un lector» (*Elogio de la sombra*, 1969) o «Things that might have been» (*Historia de la noche*, 1977). Y es lógico que si consideraba que las sagas eran una parte más de «los clásicos», los elementos que integraban la cultura por ellas representada fueran también algo cotidiano. Ningún otro escritor en lengua castellana, que sepamos, llega a integrar de una forma tan armónica lo escandinavo entre los elementos culturales familiares. En este sentido, pues, Borges hace que lo nórdico penetre hasta lo habitual, lo diario, que esté en un mismo nivel que aquellos personajes, aquellos sucesos que forman parte de la dieta cultural occidental.

Pero hay también poemas de tema nítidamente escandinavo: «Snorri Sturluson» (*El otro, el mismo*, 1964), «Einar Tambarskelver» y «Midgarthormr» (*Los conjurados*, 1985). Es interesante el primero de estos poemas. Borges casi parece sentirse próximo a Snorri¹⁵ y la proximidad entre vida y literatura queda claramente de manifiesto en estos versos: «Has bebido hasta las heces / El deshonor inolvidable. Sobre / Tu pálida cabeza cae la espada / Como en tu libro cayó tantas veces». Los propios conflictos de Borges con el poder no son ajenos, sin duda, a este poema. «Einar Tambarskelve» recoge el valor de la conservación de la historia en la literatura islandesa; sin ésta, aquella no existiría para nosotros. Se trata en cierto modo de una historia que sólo existe porque es literatura: «Siglos después, alguien salvó la historia / En Islandia. Yo ahora la traslado / Tan lejos de esos mares y de ese ánimo». Quien le salvó fue el mismo Snorri, y Borges parece verse a sí mismo como «trasladador» de la antigua historia escandinava.

El Norte aparece también, y no podría ser de otra forma después de lo que hemos estado viendo, en la reflexión más personal de Borges. «Nostalgia del presente» (*La cifra*) es significativo: «En aquel preciso momento el hombre se dijo: / Qué no daría yo por la dicha / de estar a tu lado en Islandia / bajo el gran día inmóvil / y de compartir el ahora / como se comparte la música / o el sabor de una fruta. / En aquel preciso momento / el hombre estaba junto a ella en Islandia». Para Borges, Islandia era un recuerdo, el recuerdo de las sagas, los vikingos, la antigua mitología, Snorri («En Islandia al alba», *La moneda de hierro*; «A Islandia», *El oro de los tigres*), más que una realidad presente.

Claro ejemplo de ese «existir por el pasado» es el poema «Islandia» (*Historia de la noche*): Borges ama a la Isla del Norte, «Qué dicha para todos los hombres, / Islandia de los mares, que existas». Pero la grandeza de Islandia es su legado: «Fría rosa, isla secreta / que fuiste la memoria de Germania / y salvaste para nosotros / su apagada, enterrada mitología...» El presente, en cambio, es prosaico y poco apasionante,

¹⁵ Muchos lo consideraron un traidor, pues se ofreció a colaborar con el rey noruego para someter Islandia a su poder. Y Borges escribe: «Dura palabra es traidor. Sturluson —quizá— era un mero fanático disponible, un hombre desgarrado hasta el escándalo por sucesivas y contrarias lealtades. En el orden intelectual, sé de dos ejemplos: el de Francisco Luis Bernárdez, el mío» (nota 2 en «Las kenningar»).

inmóvil frente a la agitación del pasado: «Islandia de los cráteres que esperan, / y de las tranquilas majadas. / Islandia de las tardes inmóviles / y de los hombres fuertes / que son ahora marineros y barqueros y párrocos / y que ayer descubrieron un continente.»

La añoranza, el no ser ya lo que en otro tiempo, aparece en otros poemas; puede ser meramente episódica, como cuando Islandia o lo nórdico se cuentan entre las cosas vividas («Elegía», *El otro, el mismo*; «La pesadilla», *La moneda de hierro*, 1976; «The thing I am», *Historia de la noche*, 1977; «Yesterdays», *La cifra*; «El pasado», *El oro de los tigres*). O se ve abocado a la misma muerte que sufrieron los lejanos héroes: «La carga secular de los ayeres / De la historia que fue o que fue soñada / Me abrumba, personal como la culpa. / Pienso en la nave que devuelve / A los mares el cuerpo de Scyld Sceaving / Que reinó en Dinamarca bajo el cielo; / Pienso en el alto lobo, cuyas riendas / Eran sierpes, que dio al barco encendido / La blancura del dios hermoso y muerto (...) Pienso en mi propia, en mi perfecta muerte / Sin la urna, la lápida y la lágrima» («Elegía», *La rosa profunda*, 1975)¹⁶. En «Un lector» (*Elogio de la sombra*, 1969) habla del «estudio del lenguaje de hierro», que nunca podrá culminar: «No acabaré de descifrar las antiguas lenguas del Norte, / No hundiré las manos ansiosas en el oro de Sigurd; / La tarea que emprendo es ilimitada / Y ha de acompañarme hasta el fin, / No menos misteriosa que el universo / Y que yo, el aprendiz». Tampoco los inicios, reflejados en «A Islandia» (*El oro de los tigres*) promete la culminación futura: «Cuando el cuerpo se cansa de su hombre, / Cuando el fuego declina y ya es ceniza, / Bien está el resignado aprendizaje / De una empresa infinita; yo he elegido / el de tu lengua, ese latín del Norte / Que abarcó las estepas y los mares / De un hemisferio y resonó en Bizancio / Y en las márgenes vírgenes de América. / Sé que no la sabré, pero me esperan / Los eventuales dones de la busca, / No el fruto sabiamente inalcanzable. / Lo mismo sentirán quienes indagan / Los astros o la serie de los números... / Sólo el amor, el ignorante amor, Islandia». «Al iniciar el estudio de la gramática anglosajona» (*El Hacedor*, 1960) había esperanza, como la tuvieron aquella lengua y aquellos poemas, que no fueron sino el principio de algo aún más glorioso: «Más allá de este afán y de este verso / Me aguarda inagotable el universo» («Composición escrita en un ejemplar de la gesta de Beowulf»; *El otro, el mismo*); para lo nórdico no hay esperanza, pues se trata de un mundo que acabó, que resultó estéril. El universo anglosajón es *inagotable*, el nórdico es *misterioso*. No creo que se trate sólo de una consecuencia de la edad y de la propia degradación física; ya hemos visto que lo escandinavo es radicalmente distinto a lo inglés, a lo alemán, que es un mundo de por sí, pero un mundo sin continuación.

Los poemas más «escandinavos» nos dicen lo que representaba ese mundo para Jorge Luis Borges. «Snorri Sturluson» (*El otro, el mismo*), personaje apasionante de por sí y por el que nuestro autor tenía un gran interés, es ejemplo de la contradicción de vida y literatura: «Tú, que legaste una mitología / De hielo y fuego a la filial memoria, / Tú, que fijaste la violenta gloria / De tu estirpe de acero y de osadía, // Sentiste con asombro en una tarde / De espadas que tu triste carne humana / Temblaba. En

¹⁶ Aquí, lo anglosajón y lo nórdico se hermanan; no sólo en la cita del Beowulf, poema inglés sobre héroes escandinavos, sino también en la referencia a Baldr, el dios blanco y hermoso.

esa tarde sin mañana / Te fue dado saber que eras cobarde». Snorri era para Borges una persona de carne y hueso; el poeta sajón, en cambio, no era más que sus propios poemas: «Nunca sabré cómo habrás sido / Cuando sobre la tierra fuiste un hombre. / Seguiste los caminos del destierro; / Ahora sólo eres tu cantar de hierro» («A un poeta sajón», *El otro, el mismo*). Es curioso el interés personal de Borges por Snorri, que ya he comentado. Y es el caso que Snorri, igual que Islandia entera, es para nuestro autor solamente (o casi), el transmisor de lo antiguo, una especie de punto final que después desaparece: en la muerte de un traidor cobarde o en la monotonía de la vida de «marineros, barqueros y párrocos»: Snorri y el país que lo vio nacer son grandes porque recogieron la antigua herencia.

Los poemas dedicados a Islandia son muy bellos, más aún para el conocedor de aquellas tierras: «...esa curiosa luz de tarde inmóvil / Que efunde el vago cielo desde el alba» («A Islandia») se entiende sólo si se ha visto, igual que «las tardes inmóviles» de «Islandia». Pero esas pinceladas, el reflejo de la Islandia real, son escasas. La Isla del Norte es, ya lo he dicho, el recuerdo viviente de la antigüedad mitológica vikinga: «Esta es el alba. / Es anterior a sus mitologías y al Cristo Blanco. / Engendrará los lobos y la serpiente / Que también es el mar. / El tiempo no la roza. / Engendró los lobos y la serpiente / Que también es el mar. / Ya vio partir la nave que labrarán / Con uñas de los muertos. / Es de cristal de sombra en que se mira / Dios, que no tiene cara. / Es más pesada que sus mares / Y es más alta que el cielo. / Es un gran muro suspendido. / Es el alba en Islandia.» («En Islandia el alba», *La moneda de hierro*). El tiempo se detuvo para Islandia, para sus sagas y sus mitos, que no tuvieron continuación en otros mitos ni en otras letras, se quedaron varados en el tiempo. Y en el presente («lo único que existe») lleva dentro de sí ese pasado donde el tiempo está perdido para siempre.

«La serpiente que es el mar» es «Midgarthormr» (*Los Conjurados*), el último poema escandinavo de Borges que conozco. El poema sigue a «Un lobo», el último de Inglaterra, «Odín y Thor lo saben». Y la gran serpiente es infinita como la «Biblioteca de Babel» o «El libro de arena»: «Sin fin el mar. Sin fin el pez, la verde / serpiente cosmogónica que encierra, / verde serpiente y verde mar, / la tierra, / como ella circular. La boca muerde / la cola que le llega desde lejos, / desde el otro confín». Pero no es real, aunque sí lo es: «Soñada fue en Islandia. Los abiertos / mares lo han adivinado y lo han temido», y también es intemporal, del pasado, del presente y el futuro (quizá porque no existe...): «volverá con el barco maldecido / que se arma con las uñas de los muertos. / Alta será su espléndida agonía / del crepúsculo aquel que no se nombra. / Su imaginaria imagen nos mancilla. / Hacia el alba lo vi en la pesadilla». Borges no se está limitando, desde luego, a contar los antiguos mitos que narrara Snorri.

Prefiero dejar la interpretación más profunda del significado de los elementos escandinavos en la poesía de Borges a quienes sepan de su obra más que yo. Como conclusión de estas páginas, destinadas más a glosar «lo escandinavo en Borges» que «el Borges escandinavo», baste con repetir algo ya dicho: no se trató de un interés

puramente académico, aunque también lo hubo. En lo nórdico halló el poeta argentino algo muy próximo a sus propias inquietudes, a su propia y peculiar manera de ver el mundo, el tiempo, la literatura y la trascendencia. Nadie como él, en todo el mundo hispánico, se ha acercado tanto al perdido y lejano mundo del medievo boreal.

Enrique Bernárdez



Borges, en una caricatura de Sábat